

Hay de la una equivocación

Cecilia Domijan

En la *Lógica del fantasma* Lacan retoma en Freud el concepto de la anatomía como destino, para decir a su vez que el inconsciente es la política. En ese tiempo Lacan trata al inconsciente como hiancia. En *L'insu que sait...* plantea otro abordaje: el inconsciente, reducido a su mínima expresión en la equivocación, es leído en continuidad con la conciencia. Importa subrayar que, a diferencia del lapsus, cuando la equivocación ocurre el hablante queda inadvertido y requiere que alguien se la señale.

En estas notas nos preguntamos sobre las consecuencias a extraer de “el inconsciente es la política” a la luz del tratamiento de la equivocación en el seminario *L'insu...*

En *Psicopatología de la vida cotidiana* Freud escribe el siguiente relato:

“Me cierro como una Tassenmescher {palabra inexistente} ... Taschenmesser {navaja}, dice una paciente refiriendo su dolor, permutando entre sí los sonidos «ss» por «sch», de lo cual puede servirle también como disculpa la dificultad de articulación. Cuando le hice notar su equivocación, replicó con prontitud: «Sí, se debe únicamente a que usted dijo hoy "ernscht" {por "ernst", "serio"}». En efecto, yo había empezado con este dicho: «Hoy la cosa va en serio» (porque era la última sesión antes de las vacaciones), y en chanza dilaté el «ernst» en un «ernscht»”.

Freud relata una situación clínica en la que, a partir de la equivocación, se plantea el límite que el dolor impone al cuerpo, límite que la analizante articula en la expresión “cerrarse como una navaja”. El equívoco articulado en el cambio de consonantes nombra el inconsciente: la analizante no advierte su error sino luego de que Freud lo señala. Ante la imposibilidad de ofrecer una explicación por lo ocurrido dice: “se debe a que usted ha dicho ernscht”. Como quien despierta por un instante de la inercia de su fantasma, e intenta devolver el objeto que el espejo de la conciencia dejó escapar, la analizante rebate a la manera de una réplica. El inconsciente, bajo la forma de la traducción se presenta en su mínima operatoria respecto del saber. Se trata del comienzo de un saber, un saber que no llega a nada, que carece de destinatario. De este modo la una equivocación pone en suspenso la relación al sujeto supuesto saber.

La una equivocación suspende el sentido, pero no de cualquier manera. En este caso podríamos aventurar que dicha suspensión deja picando una pregunta alrededor del modo en que circula el dolor en esa transferencia.

Pero ¿cómo articular “el inconciente es la política” a la una equivocación?

La una equivocación abre una brecha en relación a la política y a los cuerpos. La una equivocación en lengua no es sin eso infranqueable, sin eso imposible de asir que Lacan llama “cuerpo viviente”. Pero decir “cuerpo viviente” implica resto de goce, implica aquello que resta del cuerpo afectado por el significante, en este sentido entendemos que la equivocación pone en juego dicho resto una y una vez. Nos preguntamos entonces, a propósito de la palabra *taschemesser*, si las consonantes *sch*, en tanto algo de la letra se escribe, no dan cuenta de este límite infranqueable, en este caso, consumado en el dolor y articulado en lengua alemana. Es por este sesgo que intentamos retomar la afirmación de Lacan “el inconciente es la política” pero subrayando que no hay política sin cuerpo, cuerpo viviente, tampoco sin presencia, sin cuerpo imaginario.

En efecto, toda otra política se define por algún tipo de instrumentación de los cuerpos y se dirige a compensar las necesidades y los padecimientos humanos. Las políticas de recuperación de goce, las que conocemos habitualmente, se basan en la suposición de un Otro unificante que promete satisfacción “para todos”. Por esta vía ilusoria y no sin el aporte de la ciencia, los cuerpos son inventariados y finalmente reducidos a no ser más que un número.

El inconciente es la política dice otra cosa. No se propone como una respuesta al malestar. Al mismo tiempo proviene específicamente de la experiencia analítica sin quedar reducida a ella. Su lógica se sostiene en lo que Lacan llama “Il y a de l’un”, hay de lo uno. Hay de lo uno como soporte lógico para escribir un uno no numerable, no idéntico a sí mismo. El “un” de “Il y a de l’un” especifica la imposibilidad de abordar lo viviente del cuerpo con palabras.

Hay-de-la-una-equivocación, podríamos decir, en un análisis “hay de eso”, homológamente “hay del analista”.

Pero si la una equivocación compromete la dimensión política del inconciente es porque *hay-de-la-una-equivocación* se legitima en un decir. La política, si acontece, implica lazo social, implica otro, alguien respecto de quien es posible meter la pata. A propósito de lo azaroso del lazo social Lacan evoca el juego de la morra, juego de azar que se realiza entre dos contrincantes con el empleo de los dedos y de los números. Se trata de anticipar las intenciones del contrario calculando las tiradas anteriores. Allí introduce la cuestión del amor como encuentro entre saberes inconcientes, ninguno sabe qué ama en el otro. El juego se decide vez por vez sin un orden preestablecido. Requiere del lazo social, de la presencia de otro, un otro que no supone ni la

inminencia del goce ni el conocimiento que aporta el amor, ni la vigilancia de sus movimientos. Es notable que Lacan extraiga la dimensión política del lazo social de un juego que proviene del hábito de contar con los dedos, así como de las primeras formas de hacer cuentas.

Sabemos que del inconsciente es la política somos incautos. Es como incautos que resta la vía del síntoma, para hacer de él, en tanto psicoanalistas, nuestra política.